



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

LUNES 1.º DE ABRIL DE 1872.

NÚM. 98.



LA TORRE DE DAVID.

LA LUZ.

La algazara católica sigue; mejor dicho, crece que es una bendición de Dios. Las esquinas están llenas á todas horas de magníficos y regocijadores carteles que anuncian la vuelta al catolicismo de tres, cuatro ó seis protestantes semanales. El gozo llena los corazones de las buenas gentes afectas á la religión de nuestros padres. La condesa tal se agita en este barrio, la marquesa tal en el otro. La Asociación de católicos trabaja con verdadera desesperación; menudean los discursos, las hojas sueltas, las protestas, las promesas. La liga contra el pobre protestantismo se hace más fuerte y más vigorosa. La resistencia crece á

medida que nuestra propaganda avanza. Los curas tiran sus bonetes á lo alto, y á los postres de los banquetes en que celebran la abjuración de tres ó cuatro pobres diablos, gritan: «Juro por el Dios que consumo todos los días en la misa, no dejar sosiego ni reposo á los protestantes de mi barrio hasta arrojarlos de él.» Las campanas tocan á vuelo, los curas tocan también á vuelo desde el púlpito, se hace ruido y hé aquí todo.

Tantas idas
Y venidas
Tantas vueltas
Y revueltas,
Quiero, amiga,
Que me diga
¿Son de alguna
Utilidad?

Parécenos que no.

Que el señor patriarca de las Indias oficie en un día de solemne abjuración, en San Luis, por ejemplo, nos parece magnífico: que su ilustrísima el señor obispo de la Habana haga un sermón, en Santo Tomás, por ejemplo, en el que diga «que aquí donde el sol, el aire y hasta las piedras son católicas, gracias á la magnanimidad española, no se ha echado á los protestantes á tiros» y otras inconveniencias tanto religiosas como políticas, que han merecido las más ágras censuras de muchos periódicos; que el señor obispo diga esto nos parece natural y perfectamente en carácter: pero lo que nos parece indigno de personas serias, ridículo y tonto hasta lo maravilloso, es que se coja periódicamente

camente á tres ó cuatro infelices, se los lleve á una iglesia y se haga de ellos como el *anime vilis*, de los regocijos católicos y de la gana de armar ruido, de la gente nea y sacristanesca.

¡Si nosotros quisiéramos armar ruido! ¡Si nosotros quisiéramos armar ruido con la gente que llega hasta nosotros! ¿A qué tanta bulla con esas abjuraciones ridículas, cuando todo el mundo sabe que los que las hacen no son mas que merodeadores que vienen aquí y vuelven allí, y volverían aquí y volverían allí cuando estuviesen cansados de aquí ó de allí? ¿No sabe todo el mundo que son gentes sin pudor ni conciencia, Judas vendedores cien veces de Cristo? ¿No sabe todo el mundo que no tienen en verdad más Dios que el oro y la posición, que creen que van á encontrar allí donde se acercan? Y por otra parte, si nosotros hubiéramos de celebrar culto por los cristianos que tenemos á nuestro lado y que constantemente vienen á nosotros, no habría horas bastantes en el día ni en la noche para hacerlo. ¿Qué son los cristianos que tenemos á nuestro lado sino abjuradores del catolicismo?

Sigan tocando á vuelo las campanas, sigan poniéndose carteles en las esquinas de nuevos apóstatas del cristianismo evangélico. Siga el ruido de los clérigos neo-católicos y de las marquesas beatas. Nosotros hemos trabajado y seguimos trabajando en silencio, pero constante y tenazmente. Ellos son muchos y tienen en su favor las preocupaciones sociales, las altas clases, la influencia, el oro. Nosotros no tenemos nada de esto. Pero en cambio nos gustan estas batallas. Estas batallas en las que peleamos uno contra mil, en las que los humildes se miden con los grandes, son dignas de hombres esforzados y nos placen. Adelante, pues. Si quieren la noble guerra de la polémica, aquí estamos; si quieren la noble guerra de la palabra, aquí nos tienen.

Pero no querrán. Los neo-católicos se parecen á ciertas mujeres de plazuela, en que chillan mucho, en que escandalizan mucho y después nada.

Caló el chapeo, requirió la espada, Miró al soslayo, fué y no hubo nada.

¡Ah! si los neo-católicos fuesen capaces de dejar de hacer catolicismo bufo, entonces sería cuando empezáramos á temerlos, y ni aun entonces.

MOISES.

II.

Moisés conoció que se sabía que él era el matador del egipcio. El rey se había encolerizado notablemente al saber la muerte hecha por el futuro libertador de Israel. Le mandó dar muerte á su vez, pero Moisés huyó. A los que Dios destina para una providencial misión, sea la que sea, él los guarda también de las manos de sus enemigos y las revoluciones y las catástrofes todas pasan, sin tocarlos, por encima de sus cabezas. Moisés marchó hacia la tierra de Madian.

Un día, lleno de cansancio, se sentó junto á un pozo. Meditaba quizá en silencio la manera de sacar á su pueblo de la esclavitud en que gemía, cuando vió llegar hasta él siete jóvenes. Eran las siete hijas del sacrificador de Madian que venían á sacar agua para llenar las pilas

en que habían de beber las ovejas de su padre. Unos pastores que querían dar de beber también á sus ganados y acabar pronto, con esa brutalidad característica del egoísmo que no repara en sexos ni en condiciones cuando trata de realizar un objeto cualquiera, se pusieron delante de las jóvenes y las impidieron cojer el agua que necesitaban. Moisés se indignó. La injusticia irrita siempre á las almas generosas. Se puso á su vez delante de los pastores y con su autoridad ó con su fuerza, obligó á estos á que cedieran el puesto á las hijas del sacrificador de Madian. Poco después el padre premiaba aquella acción digna dándole en matrimonio una de aquellas siete jóvenes que había protegido, á Sefone.

¿Fortificó Moisés su espíritu en la soledad, como la mayor parte de los antiguos reveladores? Es posible. ¿Viajó Moisés? No podemos decir históricamente que sí ni que no, pero podemos decir: «Es probable.» El rey murió bastante tiempo después de su huida de la corte. La servidumbre pesaba cada día más sobre el pobre pueblo israelita. Todos los trabajos pesaban sobre él. Había llegado la esclavitud á ese momento supremo en que un pueblo ó deja de ser por completo, ó rompe sus cadenas y las estrella en la frente del tirano que le despotiza. «Los hijos de Israel suspiraron á causa de la servidumbre y clamaron: y subió á Dios el clamor de ellos con motivo de la servidumbre.»

Moisés fué iniciado, como sabemos, en los misterios de las religiones antiguas. Sábese positivamente que los sacerdotes poseían una ciencia é ideas religiosas superiores á las que daban á conocer al vulgo. ¿Poseyeron la idea de la unidad de Dios, y Moisés escuchó en el silencio de los templos egipcios la explicación de aquel dogma tan fecundo, que había de producir forzosamente la idea de la unidad del pueblo más tarde, y más tarde aun la idea de la unidad de la especie humana? Se cree que sí, pero no se sabe positivamente. La raza israelita ya era depositaria de ella, es cierto, pero tantas eran sus vacilaciones, tantas sus intermitencias, tantas sus vueltas á los ídolos, que bien pudiera decirse que la idea del Jehová único moría y renacía muchas veces en un día mismo en su conciencia.

Ha dicho no sé quién, Victor Hugo creo, que todo pastor es poeta y en efecto es así. Cuando Moisés estuviera recostado sobre la yerba en una falda del monte debía pensar en aquella tierra de la Palestina que tenía tantos oasis para los peregrinos, tantas praderas para los ganados, y en su profunda intuición de libertador de un pueblo debió conocer también que aquel era el medio más seguro y más decisivo para hacerle amar la libertad y para fortalecerle en la idea de la unidad de Dios. Para una nueva idea es preciso una nueva tierra, como una raza nueva y virgen realiza siempre mejor que una raza gastada y decrepita un ideal no realizado aun.

El momento era apropiado; ya no era posible sufrir tanta servidumbre. Dios habló al escogido, le dijo que debía prepararse para ir á salvar á Israel y llevarlos «á una tierra buena y ancha, á tierra que fluye leche y miel, á los lugares del Cananeo, del Hetheo, del Amorreo, del Phercico y del Jebusco.» ¿Cómo debió latir su corazón! Dios le pone dos rayos de gloria en la frente, el del profeta y el del libertador de su raza.

DOCTRINA EVANGÉLICA PRIMITIVA.

§. V.—REDENCION.

La Redención le fué anunciada al hombre desde el mismo momento en que Dios le reprendió y castigó por su ingratitud y desobediencia. Era consiguiente que en su sabiduría infinita dispusiese los medios de rehabilitarlo, y lo hizo empezando por formar un pueblo que fuese depositario de sus oráculos y eligiendo entre el mismo pueblo profetas y reyes que anunciaran y transmitiesen de padres á hijos la voluntad del Eterno.

Este pueblo fué el hebreo que tomó el nombre de Heber ó Eber, nieto de Arphadax y antepasado de Abraham.

Abraham fué el primer patriarca á quien Dios reveló la promesa de salvación.

No siendo nuestro objeto escribir la historia del hombre hebreo que se halla extensamente espuesta en los libros Sagrados, nos limitaremos á dar una sucinta reseña en cuanto explique la conservación de la promesa hecha á Abraham y renovada después á su hijo Isaac y á su nieto Jacob, que tomó el nombre de Israel para dársele á su nación.

Hallándose Abraham en Ur, país de la Caldea, le mandó Dios abandonar su territorio y parientes para establecerse en tierra de los cananeos, ofreciéndole multiplicar su descendencia, dar posesión del país á su posteridad, bendiciendo su nombre y engrandeciéndolo. Bendiciré, le dijo, á los que te bendigan, y maldeciré á los que te maldigan, y en tí serán benditos todos los linajes de la tierra. (Gén. cap. xii, vers. 1, 2, 3.)

Abraham tuvo fe en las palabras del Señor, y levantando un altar, invocó allí su santo nombre, rindiéndole culto. Desde entonces quedó formada solemnemente la alianza entre Dios y Abraham, que recibía con frecuencia los oráculos del Eterno, renovándole el juramento.

A la muerte de Abraham, la promesa de Redención fué repetida á su hijo Isaac. Multiplicaré tu posteridad como las estrellas del cielo, y daré á tus descendientes todas estas tierras y serán benditas en tu simiente todas las gentes. (Génesis, cap. xxvi, vers. 3 y 4.)

Más tarde volvió á renovar á Jacob el mismo juramento diciéndole: «Yo soy el Señor Dios de Abraham y el Dios de Isaac. Tu posteridad será como el polvo de la tierra; serás delatado al Occidente y al Oriente, al Septentrión y al Mediodía, y serán benditas en tí y en tu simiente todas las familias de la tierra.» (Génesis, capítulo xxviii, vers. 13.)

Efectivamente, el pueblo israelita se multiplicó extraordinariamente desde que Jacob, con 70 individuos de su familia, bajó al Egipto llamado por su hijo Josef, hasta que Moisés, por ordenación de Dios, los libertó de la esclavitud en que gemieron por espacio de 400 años. En su salida de Egipto ascendía el número á 600.000 sin contar las mujeres y niños. Males terribles experimentó este pueblo en su peregrinación por los desiertos de la Arabia Petrea, donde anduvo errante 40 años antes de tomar posesión de la tierra que Dios les había prometido. La gloria del Eterno les acompañaba manifestándose con portentosos milagros.

En el Monte Sinaí recibió Moisés las Tablas de la Ley que debían servir para hacer conocer al pueblo de Dios los pecados que cometían y la corrupción de la naturaleza. Moisés legisló en nombre del Eterno y dió á los israelitas código civil y criminal y reglas para el culto, cuyo espíritu se adaptaba á la falta de civilización y estado de semi-barbarie en que se hallaba el mundo. La humanidad estaba en la infancia y era necesario prepararla para el reinado de Jesucristo. El pueblo hebreo era carnal, y la legislación de Moisés debía, por medios materiales, disponerle para el espiritualismo cristiano á que eran conducidos, guiados por los hombres de Dios que se hallaban al frente de este pueblo, y por las declaraciones de los profetas que de tiempo en tiempo se aparecían para formar los corazones de los hombres.

La nación israelita se estableció por tribus en los territorios que ocupaban pueblos bárbaros é idólatras, y en la gran serie de 40 años, sufrió largas vicisitudes en el desierto protegida siempre por Dios, aunque experimentando terribles castigos cuando se apartaba

de los mandamientos del Eterno. Moisés faltó al Señor en las aguas de contradicción, y fué condenado á morir en el monte Abarín, sin entrar en la tierra de Promisión. (Deuteronomio, cap. xxxii, vers. 49, 51 y 52.)

Desde la caída del hombre hasta la promulgación de la Ley, es decir, desde Adán hasta Moisés, el pecado estaba en el mundo apoderándose del género humano, pero no era imputado porque no se conocían las transgresiones de la Ley. Sin embargo, quedó un vicio y corrupción en nuestra naturaleza procedente del pecado original, de manera que por él somos inclinados al mal, y nos resistimos á la Ley de Dios. El gran misterio de la Redención modifica esta funesta propensión, siendo purificados y justificados gratuitamente por la gracia de Dios, mediante el sacrificio expiatorio de su Hijo Jesús, que debía venir al mundo á salvarlo segun la promesa.

Por ella se habrá visto que fué un don de pura gracia, pues por las malas pasiones y la corrupción de nuestra carne, quedamos imposibilitados de salvarnos por nosotros mismos. No obstante, todos los que somos lavados con el agua del bautismo, que ha sustituido á la antigua circuncisión, debemos consolarnos y regocijarnos adquiriendo la fé en la sangre de Jesucristo derramada en el árbol de la cruz que suple á nuestros merecimientos, borrando todas nuestras iniquidades.

Con la fé recibimos el Espíritu Santo, y con el Espíritu Santo, el conocimiento del pecado. Créanse desde luego dos voluntades en el hombre que están en perpétua lucha. La concupiscencia, el yo egoísta que nos impele á satisfacer los deseos de la carne, pero el Espíritu desaprueba los esfuerzos del sensualismo. Esta es la conciencia. Tenemos, pues, dos voluntades, por cuanto no hago el bien que quiero, antes bien, hago el mal que no quiero, y si hago lo que no quiero, ya no lo ejecuto yo, sino el pecado que habita en mí. (Epíst. á los Romanos, cap. vii, vers. 19, 20 y 21.) ¡Oh qué hombre tan infeliz soy yo! dice el apóstol. ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?

No se crea por esto que haya disculpa en nuestros pecados, y que esto haga á Dios tolerante por nuestras miserias. El sentimiento íntimo de la conciencia regulado por el precepto de «ama á tu prójimo como á tí mismo», ahoga el yo egoísta del hombre carnal, y le esfuerza y tiene voluntad para sobreponerse al pecado. La gracia divina obtenida por la manifestación del deseo por medio de la oración, nos dará la fé de la promesa, y con ella la salvación eterna.

Por lo dicho se inferirá que las buenas obras por sí solas, aunque pudiese el hombre ejecutarlas sin el auxilio divino, no bastarían si la remisión de nuestros pecados no estuviese en el grande sacrificio de Jesús, que se ofreció desde el principio del mundo de una manera independiente y gratuita, y que no presupone paga ni condición de parte nuestra, sino la sola gracia y misericordia de Dios manifestada desde la creación. Dios nos ha hecho salvos, no segun nuestras obras, sino segun su santo propósito y gracia, la cual nos es dada por Jesucristo de antes de todo tiempo. (Epíst. 2.ª á Timoteo, capítulo i, vers. 9.) El auxilio obtenido de la gracia divina por medio de la fé, dará el fruto de las buenas obras. Si por ellas solo alcanzásemos el perdón y la salud, ya Jesucristo no nos sería perfecto Redentor y Justificador, ni hubiese venido á salvar á los hombres, puesto que ellos se salvarían á sí mismos por efecto de las buenas obras que hiciesen. El merecimiento humano está fundado en la vanidad. Por nuestros merecimientos no se quitan los pecados ni se puede obtener gloria alguna, porque sería privar á Jesucristo de su oficio y hacer de ningún valor el sacrificio de su muerte.

La Redención ha sido sucesivamente anunciada por los profetas, despues de las promesas hechas por Dios á Abraham, Isaac y Jacob. Dice Isaías: «El pueblo que andaba en tinieblas, vió una grande luz; á los que moraban en la región de la sombra de la muerte les nació la luz, por cuanto ha nacido un Chiquito para nosotros, y un Hijo se ha dado á nosotros, y el principado ha sido puesto sobre su hombro; y será llamado su nombre admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de Paz.» (Isaías, cap. ix, vers. 2 y 6.) «Reinará un Rey con justicia, y los Príncipes presidirán con rectitud. Este varón será como refugio contra violencia del huracán y como asilo en la tempestad, semejante á los arroyos de aguas en tierra árida y seca, y á

la sombra de un peñasco en medio de un día ardiente. No se ofuscarán los ojos de los que miran, y los oídos de los que escuchan serán atentos. El corazón de los necios se abrirá á la ciencia, y la lengua tartamuda pronunciará con claridad.» (Isaías, cap. xxxii, vers. 4, 2, 3 y 4.)

«Acercaos, Naciones, y oid; y pueblos, atended: Oiga la tierra y su plenitud, el orbe y todo lo que él produce: confortad las manos flojas y enrobusteced vuestras rodillas descoyuntadas. Decid á los apocados de corazón: Alentaos y no temais. Ved aquí á vuestro Dios. Él vendrá á libertaros. Entonces los ojos del ciego serán abiertos, y los oídos á los sordos. El cojo saltará como el ciervo y la lengua de los mudos entonará el cántico de triunfo...

«Los rescatados por el Señor volverán á Sion en alabanza y alegría: poseerán gozo y dicha, y huirá el dolor y el gemido.» (Isaías, cap. xxxv, vers. 3, 4, 5 y 6.)

«¿Quién es este que viene de Edora y de Bosra con las vestiduras teñidas de escarlata? Yo soy el que hablo justicia, y el que tiene todo el poder de salvar.» (Isaías, cap. lxiii, vers. 4, 2, 3 y 4.)

«Yo les cicatrizaré la llaga y daré sanidad y les curaré y les mostraré la paz y la verdad que pidieron. Hé aquí que vienen los días, dice el Señor, y cumpliré la palabra buena que hablé á la casa de Israel y á la casa de Judá. En aquellos días y en aquel tiempo hará brotar á David un pimpollo de justicia, y hará juicio y justicia en la tierra.» (Jeremías, cap. xxxiii, vers. 6, 44 y 45.)

«Regocijate mucho, hija de Sion; canta hija de Jerusalén: Mira que tu Rey vendrá á tí Justo y Salvador. Él vendrá pobre y sentado sobre un asna y sobre un pollino hijo de asna.» (Zacarías, cap. ix, vers. 9.)

Otras muchas citas pudieran hacerse de la Sagrada Escritura, consignando la promesa de un Redentor. En el Antiguo Testamento se deja entrever como á través de un velo la rehabilitación del hombre por su Dios, y la incapacidad nuestra de regenerarnos por nosotros mismos. La corrupción de nuestro ser convirtió en malo, como ya se ha dicho, todo lo bueno que en el hombre pudo haber. Por esta razón misma, la intervención de nuestro Supremo Criador, nos ha sido absolutamente necesaria. A fin de que esta nos sea eficaz, no hay otra condición que la fé en Jesús, que obra y purifica con la gracia divina.

Más adelante volveremos á tratar de esta doctrina, cuando expliquemos la misión de Jesús en la tierra.

LA GRAN DISCUSION ENTRE SACERDOTES ROMANOS Y MINISTROS EVANGÉLICOS. (1)

III.

En la segunda sesión verificada el día 10 de febrero, la expectación del público se había aumentado de una manera asombrosa. Enterados los romanos por los periódicos de diversos colores, del resultado de la disputa en la sesión anterior, comprendieron mucho mejor la importancia del hecho que se ventilaba en medio de ellos. El catolicismo atacado en su ciudadela, batido en brecha por tres ministros protestantes sobre uno de aquellos puntos, que una vez caído en poder del enemigo, trae consigo necesariamente la rendición de toda la fortaleza, es un acontecimiento que hará época en la historia de Italia, y también en la de la Iglesia católica. Tomemos pues, del periódico ya citado *L'Eco della Verità* el discurso que nos dá del Sr. Gavazzi; discurso lógico, tranquilo y elocuente, que al decir de varios periódicos, absorbió literalmente la atención de los oyentes todos.

GAVAZZI.

La diferencia, dijo Gavazzi con voz mesurada, la diferencia entre nosotros y nuestros adversarios está en la diversidad de las pruebas y en las apreciaciones. Nosotros negamos absolutamente que San Pedro haya venido á Roma.

Nuestros contrarios para probar que ha venido, no han sabido oponernos sino el argumento de la tradición.

(1) Véanse los números del 1.º y 15 de marzo.

Nos acusan de falta de pruebas; dicen que las nuestras son negativas y no afirmativas. Probadnos, gritan, que San Pedro no vino á Roma; mostradnos una palabra de la Biblia que diga que no vino.

Pues bien, señores, yo os respondo que el silencio de la Biblia sobre la venida de Pedro á Roma no es en manera alguna negativa, sino una prueba positiva y de las más explícitas.

Veamos un poco.

El cardenal Belarmino dice, que el silencio es una prueba positiva. El cardenal Baronio dice que no, esto es, que del silencio de la Biblia no se puede deducir que San Pedro no haya venido á Roma.

Tenemos, pues, sobre un mismo argumento un cardenal que dice que sí, y un cardenal que dice que no.

¿Cómo se compone este asunto?

El silencio, pues, es para vosotros como la goma elástica, que la estirais como queréis.

Pero veamos alguna comparación.

Thiers, por ejemplo, no dice una palabra en su historia del Consulado y del Imperio de la ida de Napoleon á América, á Washington.

¿Es esta una prueba de que él haya ido allí?

No, al contrario.

La misma lógica, pues, nos debe decir que Pedro no fué á Roma.

Señores, los Hechos de los Apóstoles que no dicen una palabra de la venida de Pedro á Roma, son la historia verdadera, oficial, auténtica, particularizada por el desarrollo, por el progreso, por las persecuciones de los triunfos de la Iglesia. Su objeto es manifestar los trabajos de los apóstoles.

Aquellos Hechos son una historia legítima, imparcial, porque San Lucas estaba inspirado.

¿Cómo podía callar la ida de Pedro á Roma, desde el momento que habló de tantas otras ciudades de menor importancia? Dijo que fué á Lida, Joppe, Samaria, Cesárea, Jerusalem, ¿por qué no debería haber dicho que fué también á Roma, si realmente hubiese ido allí? (*Profunda impresion en el auditorio.*)

Dicese por nuestros adversarios que acaso no se nombró la ida de Pedro á Roma... por temor de comprometerlo.

¿Temor? No, señores, no se estaba en ese caso, puesto que cuando se escribieron los Hechos de los Apóstoles había pasado el peligro. La justicia, pues, exigía que se hablase de aquella ida á Roma. La figura de Pedro, no lo disimulemos, es la figura principal de la Iglesia. ¿Por qué este silencio? El viaje de San Pablo fué descrito detenidamente en los particulares más pequeños; él, que no tenía que fundar la Iglesia en Roma; él, que respecto á Pedro era una figura secundaria; y ¿por qué no habla San Lucas de Pedro que es la figura primaria en el colegio apostólico?

Aquí no está la imparcialidad del escritor inspirado. Un historiador legítimo no podía omitir la venida de Pedro á Roma. La acusación que caería sobre San Lucas por este silencio es demasiado grave; los católicos, los cristianos no lo pueden admitir.

Vamos á los testimonios.

San Lucas solamente es un testimonio de primera mano; todos los demás no son sino testigos de segunda mano.

Por tanto, el silencio de la Biblia adquiere todos los caracteres de la prueba positiva que San Pedro no vino á Roma. San Lucas, señores, es el primer historiador de la Iglesia.

Nuestros adversarios, para hacer creer en la posibilidad que San Pedro viniese á Roma, nos objetaron la facilidad del viaje.

Dejo aparte esta facilidad; no es cuestión ni de tiempo ni de facilidad de viaje. La cuestión es que San Pedro no ha venido á Roma, porque si hubiese venido la Biblia lo hubiera dicho por deber. Su silencio hubiera sido una injusticia.

Decís vosotros que Pablo calló por la conveniencia de no comprometer á Pedro.

Señores, respeto demasiado á Pedro para creer que tuviese temor; Pedro no era un bellaco que temiese el martirio, ni Pablo lo estimaba tal. El silencio de Pablo es, pues, una prueba positiva que durante el tiempo en que él estuvo en Roma, San Pedro no se encontraba allí.

En la Biblia hay otras pruebas positivas. Se nos

desafía á que encontremos una profecía que aludiese á la muerte de Pedro en otra parte que en Roma. Pues bien, la profecía, es esta: Cristo dijo á los fariseos estas palabras: *Vosotros crucificareis á algunos de los míos.*

Pero segun las palabras de Cristo, los judíos y no los romanos eran los que debían crucificar á algunos de sus discípulos. Pues bien, los crucificados segun la Iglesia, no fueron sino Andrés y Pedro; los otros fueron apedreados ó decapitados.

Si aludía á estos dos, estos eran los *algunos* designados por Cristo. Ahora bien, la crucifixion de Pedro, para que se cumpliese la profecía de Cristo, debía ser por mano de los judíos, no de los romanos, al ménos en un país en donde los judíos dispusiesen del sumo poder; pero los judíos en Roma no tenían semejante poder. En Babilonia, sí, era posible que se verificase aquella crucifixion; eran allí los judíos tan poderosos, que se sabe que aquel rey babilónico les permitió tener un gran sacerdote. En Babilonia se podía cumplir la profecía de Cristo, en Roma no.

Y aun el modo de muerte de San Pedro, crucificado con la cabeza hácia abajo, no es romano; era un suplicio usado entre los parthos. Los romanos crucificaban con la cabeza arriba, y despues rompían las piernas al paciente.

La misma muerte de Pedro es una prueba que no fué en Roma.

Vengamos á otra asercion errónea de nuestros adversarios. Dicen que hablando Pedro desde Babilonia no hubiera podido hablar de persecuciones, porque Babilonia en aquel tiempo no estaba sujeta á Roma. Esto es falso. Eusebio dice que las provincias babilónicas estuvieron sujetas desde Neron, que el reinado de este tirano principió precisamente desde la sujecion de las provincias babilónicas. La persecucion neroniana en aquellas provincias es cosa histórica.

Todo, pues, se esclarece, todo aparece natural: Pedro no fué á Roma ni aun para el martirio; él fué martirizado en Babilonia.

Otra prueba que San Pedro no estuvo en Roma es el apostolado de San Pablo en dicha ciudad. Pablo nos dejó escrito que *no queria edificar sobre el cimiento de otro.* Y de aquí se deduce que no hubiera podido venir á Roma si en ella hubiese estado San Pedro, porque en este caso hubiera edificado sobre el cimiento de Pedro, es decir, que hubiera metido el arado donde ya estaba arado por otro apóstol. ¿Estaba la Iglesia de Pedro en Roma? luego ¿por qué y con qué objeto hubiera ido allí San Pablo?

No niego que Pedro no tenga gran parte por medio de sus escritos en la fundacion de la Iglesia, pero esta parte consiste en la propaganda que hicieron sus discípulos.

Habéis visto, señores, que los israelitas que se encontraban en Roma en el año 64 cuando fué allí Pablo no sabían ni aun quiénes fuesen los cristianos, y los llamaban una secta; lo cual quiere decir que ni Pedro ni otros aun no habian estado allí en todo el año 64.

Se dijo que Pedro tuvo mision de Cristo para predicar *ad omnes gentes.*

No es que Pedro no pudiese predicar á todas las gentes; sino aquí la cuestion es que Pedro no vino á Roma.

¿Vinieron todos los otros apóstoles á Roma?

No, direis.

¿Y cómo sabéis que no vinieron? Porque la Biblia no lo dice, debereis responderme. Luego si Pedro hubiera venido, ¿por qué no lo hubiera dicho la Biblia?

Nosotros vemos por la Biblia, que el espíritu de Jesús impidió á muchos discípulos suyos que fuesen á países á donde habian ido otros á predicar. El espíritu de Jesús no queria confusion. A todos dió una mision particular; á Pablo dió la de convertir á los reyes. Ninguno, pues, debía mezclarse en la mision de Pablo. Las palabras de Dios son superiores á todos los testimonios humanos; Pablo fué llamado á Roma por Dios, su viaje está por tanto registrado en los Hechos de los Apóstoles; el de Pedro que no tenia ninguna mision en Roma, no está registrado. Se habla de todos sus viajes en otras ciudades con particulares pormenores, pero no leo en Lucas que Pedro haya estado en Roma. En la Biblia, pues, está la prueba positiva de que nunca estuvo; Pablo era el destinado á llevar el Evangelio á Roma.

Vamos ahora á la cronología. Mi adversario Fabiani dice, que en la cronología escritural todo es oscuridad é incertidumbre.

Se dijo, prosiguió Gavazzi, que no se ha podido aun establecer la fecha de la venida de Pablo á Roma. Perdonad, señores; á este propósito tenemos nosotros una fecha cierta; San Pablo vino en el año 64. Luego una fecha cierta es para la historia, lo que era para Arquímedes el punto de apoyo para la palanca.

La venida de San Pablo coincide con el envío de Porcio Festo, gobernador. Señores, la Biblia puede resistir cualquier asalto. Lepsius se equivoca en decir que la cronología escritural hay que considerarla como muerta; hay una fecha cierta. Luego partiendo de una cónita se puede llegar á conocer también la incógnita.

Tenemos la fecha de la ida de Pablo á Jerusalem, que fué tres años despues de su conversion.

Señores, cuando hay un escritor inspirado, (y aquí Gavazzi emplea un tono de voz muy fuerte) diez millones de protestantes, de racionalistas y de ateos no bastan para aterrarlo.

En seguida pasa Gavazzi á exponer otras fechas ciertas que dejamos por brevedad.

Tenemos, prosigue Gavazzi, una cronología ciertísima; nuestra tesis es, pues, inalterable.

Pedro debía ocuparse casi exclusivamente de los hebreos. Pero se nos dice que también había hebreos en Roma. Pero entonces, señores, San Pedro debía haber recorrido todo el mundo, pues por todas partes los había. Se nos objeta que los hebreos eran poderosos en Roma; pero lo eran mucho más en Alejandría donde tenían su famosa academia. Los hebreos de Roma eran quizá poderosos por su dinero; pero no por su posición ni por su influencia. Eran en todo de cinco á seis mil; luego cinco mil hebreos entre cinco millones de Romanos, (pues tantos había entonces en la ciudad de Roma) vienen á ser una nada. Así, pues, San Pedro no pudo por ellos venir á Roma á evangelizar.

Otra cosa eran las provincias babilónicas, otra las provincias caldáticas; allí se encontraban *las ovejas de la dispersion*; en aquellos países extranjeros y en Babilonia era en donde estaba el centro de la dispersion hebrea; en Babilonia había todavía un residuo del antiguo cautiverio; muchos hebreos, en vez de volver á la patria, se habían quedado por sus intereses en Babilonia. ¿Qué más? Se sabe que en aquellas provincias los hebreos ascendían á cuatro millones. Y Babilonia era su capital.

Las misiones entre Jacobo, Juan y Pedro, estaban divididas de esta manera: Jacobo á Efeso, Juan á Jerusalem, Pedro á Babilonia.

Pues bien, San Pedro fué fiel á la mision que tuvo de Cristo; permaneció en Oriente, y ahora se querria destruir la fidelidad á su mision, con decir que la fecha de Babilonia que puso á su carta es una metáfora.

Señores, ¿por qué tomar por metáfora á Babilonia? ¿Para ocultarse? San Pedro, pues, no tenía miedo. Luego si no usó la metáfora para ocultarse, ¿queréis que la haya usado por un capricho literario? Seria ridículo. Si la hubiese usado despues, paciencia; pero cuando Pedro evangelizaba, es un absurdo.

Señores, San Pedro dice: *La Iglesia que está conmigo en Babilonia os saluda.* ¿Queréis que Pedro insultase á Roma Sede de su Iglesia, llamándola Babilonia? ¿Qué hubieran dicho sus cristianos? Se dijo que la colocacion de las palabras con que Pedro se dirige á los hermanos del Ponto, de Capadocia, Galazia y Bitinia significan que la carta partiese de Roma y no de Babilonia. La estimacion que tengo por la doctrina de mi adversario Fabiani me impide calificar esta asercion. La observacion es ilegítima partiendo de Roma. Mi honorable adversario acudió á ella y procuró escusarse diciendo que eran navegantes romanos los que llevaban las cartas. Pero, ¿por qué ir á Alejandría? El camino hubiera sido demasiado largo.

Mi adversario recurrió á otro expediente; dice que acaso Pedro habría consignado sus cartas á los vendedores de atun. Señores, nosotros sabemos que los apóstoles en manera alguna entregaban sus cartas á los atuneros, sino á gente de confianza.

Vengamos á las opiniones de los escritores. Michaelis desecha la opinion de que Babilonia signifique Roma. Grozio, al contrario, encuentra que esta opinion

es racional. Eusebio no la encuentra en manera alguna racional: habla de la carta *que se pretende escrita desde Babilonia*, y encuentra que entender Babilonia por Roma es *metáfora demasiado atrevida.*

Y notad las palabras: *se pretendía que fuese escrita desde Babilonia.*

Eusebio, pues, excluye esta suposicion.

Pues bien, si Eusebio la excluye, ¿qué importa que despues venga un Grozio á admitirla?

¿Y Gerónimo?

Gerónimo dice nada ménos en el comentario sobre el capítulo XIV de Isaías, que interpretar Babilonia por Roma es seguir *las palabras judaicas*; y despues dice:

«¿Quién podrá conceder que Roma se llame Babilonia?»

Vamos adelante. Nuestros adversarios nos objetan: ¿Por qué los otros países no reclaman el honor del martirio de San Pedro? Señores, en aquel tiempo no se metía mucho ruido por los mártires.

Los amigos de Pedro lo lloraron, y esto bastó. En aquel tiempo los municipios no hacían tanto ruido, no alzaban monumentos por todo hombre que moría.

¿Por qué, se dice, no reclamó al ménos Babilonia, donde habría muerto Pedro? Pero, señores, reflexionad que solo un siglo despues de la muerte de Pedro fué cuando se principió á pretender que hubiese muerto en Roma. Cuando esta tradicion llegó á establecerse, Babilonia no era ya más que una diócesis *in partibus infidelium.*

Pero, se dice: en Roma están sus reliquias, luego ha muerto en Roma.

Pero esto no concluye nada. En Roma, en una de vuestras basílicas se dice que está sepultado el cuerpo de San Esteban. Y ¿habrá de concluirse por esto que San Esteban haya sido martirizado en Roma? Las reliquias fueron traídas aquí.

Eusebio dice *no ser improbable que se encontrasen las reliquias de San Pedro en Roma.*

San Agustín escribe así: *Dicen los hombres que el cuerpo de San Pedro está en Roma. El cuerpo de San Pablo está.* Notad la diferencia: para el cuerpo de Pedro San Agustín se sirve de la espresion: *dicen los hombres*; para el cuerpo de Pablo afirma al contrario positivamente, y dice *que está.* Cada uno retiene el cuerpo del propio apóstol.

Tenemos, pues, no solo una prueba negativa, sino una prueba positiva que Pedro nunca estuvo en Roma. Su crucifixion y su mision prueban que permaneció en Babilonia.

La Biblia no dice que vino á Roma. Si queréis negar la Biblia, debéis al ménos suplir su silencio con un hecho histórico positivo, con una afirmacion contemporánea. ¿Existe, pues, alguna afirmacion histórica contemporánea? No, no hay ni afirmaciones esplicitas ni positivas de la venida de Pedro á Roma.

Se necesitan hechos positivos, se necesitan historiadores contemporáneos, historiadores verdaderos, testigos *de visu*, oculares, que tuviesen conocimiento personal de San Pedro. Los testigos verdaderos son de dos clases solamente: de vista y de oído; aquellos son de primer orden, estos son de segundo. Los testigos de tercer orden, esto es, aquellos que oyeron de quien oyó, no merecen el nombre de testigos; esos no son sino contadores, recojedores de noticias; no son historiadores. Los verdaderos historiadores son solamente los contemporáneos; los demás son copiadotes si no hacen mas que repetir cosas conocidas: si dicen cosas nuevas son narradores de fábulas.

Veamos una comparacion. Mientras que Tito Livio habla de las cosas de su tiempo, es verídico. Cuando entra en el campo de los *se dice*, cuenta fábulas, como sucede respecto á los orígenes de Roma, fábulas que con vergüenza de su antigüedad están repudiadas por la crítica. Hoy nadie admite aquellos orígenes fabulosos, narrados, repetidos en los mismos términos por tantos historiadores, pero historiadores compiladores, y no de vista ni de oído.

Solo Clemente es un testigo contemporáneo. Pero este no afirma; nuestros mismos adversarios dicen que hace una *cortés alusion.* Empero vosotros injuriáis á la historia; esta no nace de las alusiones, sino de la verdad: de la alusion no nace mas que la fábula, la mitología. En la alusion hay un velo; bajo el velo está el defecto.

Clemente era un testigo contemporáneo, pero de Pedro no dice dónde padeció; dice, al contrario, *que murió en presencia de los gobernadores de Roma*. Pero esos gobernadores son los que Roma mandaba á las provincias. Ningun contemporáneo de Pedro habla de su muerte en Roma.

En cuanto á Papias, nuestros adversarios dicen que era un hombre *ignorante*. Señores, un hombre de corto entendimiento no es mas que un credulon, un recopilador de todas las barreduras. Y de este hombre, ¿quereis hacer un águila en materia histórica?

En cuanto á Márcos dictó de memoria las cosas respecto á Pedro, á instancia de quien habia admirado á Pedro en Oriente. Notadlo bien; Márcos dictaba de memoria: Pedro no estaba presente. Pedro tambien se quedó sorprendido cuando le presentaron aquel escrito: ni lo aprobó ni lo desaprobó.

Papias no era testigo de vista; habia oído de los ancianos ó de quien habia oído de otros.

Ni Eusebio con su *Cronicon*, ni la historia prueban con afirmaciones positivas, esplicitas, que Pedro estuvo en Roma. En ninguno de los cinco pasajes citados de Eusebio hay una afirmación positiva.

El *Cronicon* no existe ya.

Los fragmentos de copia que quedaron de él no son más que una paráfrasis, una continua interpolacion de amanuenses. Eusebio es del siglo IV, luego no pudo afirmar la venida de Pedro á Roma. Este tuvo parte con su sermón sobre Pentecostés en la fundacion de la Iglesia romana y por medio de sus neófitos, pero no estuvo en Roma.

Decís que Cipriano é Ireneo hablan de la cátedra de San Pedro; pero por cátedra no se entiende un mueble, se entiende la doctrina de la Iglesia.

¿Pero cómo, se nos objeta, si hasta los herejes admitian la venida de Pedro á Roma? ¿Por qué no la negaron? Y respondemos, porque aquella venida aun no estaba afirmada. En aquel tiempo aun no existian sino simples alusiones, y no afirmaciones.

La Biblia es mi guía, por ella estoy persuadido que Pedro no vino á Roma (*aquí Gavazzi habla con gran énfasis*); desafío á todos á que me prueben lo contrario; con la Biblia bajo el brazo puedo repetir con Horacio:

*Si fractus illabatur orbis,
Impavidum ferient ruinae. (1)*

Nos habeis hablado de los artistas que esculpieron, pintaron y grabaron el hecho de la venida de Pedro á Roma. Señores, dejemos á un lado á los artistas. No vayamos tras los caprichos de los artistas; de esos que nos han pintado á los Reyes Magos, á la Verónica con el rostro del Señor, á los querubines con alas y solo una cabeza, que han puesto un ojo dentro de un triángulo y han dicho que era el Padre Eterno. (*Grandes risas*) ¡No, no, no mezelemos á los artistas en la religion!

¡Y no apeleis á la gloria de los romanos! La gloria de los romanos no depende en manera alguna de la venida de Pedro á Roma. Los romanos la tienen sin que Pedro haya venido á Roma. Ellos tienen á San Pablo. ¡Basta! Alcen la frente. ¡No podemos pedir más!

No hay gloria evangélica mayor que la de San Pablo, el doctor máximo de la Iglesia. Lo repito, á los romanos les basta San Pablo.

¡Pero, decís, importa á los católicos que Pedro haya venido á Roma!

¿Y qué seria si Pedro no hubiese estado? ¿No ha prometido Cristo estar siempre con su espíritu, con su Iglesia? El no habló ni de Pablo, ni de Pedro. Está la palabra de Cristo para la salvacion de las almas, y basta.

Concluyo resumiendo. Nosotros evangélicos negamos la venida de Pedro á Roma, con el apoyo de la única historia que debia decir si estuvo. Si el escritor inspirado que extendió los Hechos de los Apóstoles no habla de ello, nunca seremos vencidos por nuestros adversarios.

Estos no oponen una *cortés alusion*, la tradicion, y un monton de testimonios; pero los testimonios posteriores al primer siglo son como la niebla al sol. Las generaciones posteriores los han repetido como papagayos, como aquellas ovejas de que habla Dante.

Señores, seamos formales; si no ¿teneis para vosotros

el primero y el segundo siglo, otros millones de siglos no cuentan nada.

Concluyo: aquellos testimonios son otras tantas burbujas de jabon relucientes con vivos colores, pero que basta el soplo de un niño para desvanecerlas.

La tradicion no tiene mayor autoridad que un embustero; este puede decir verdad alguna vez; pero para que tenga autoridad y sea creído se requiere que alguno dé testimonio de ella.

Puesto que la Biblia no habla de la venida de Pedro á Roma, nosotros, evangélicos, concluimos que Pedro no vino aquí nunca.

Aquí Gavazzi puso fin á su espléndido discurso que conmovió profundamente á todo el auditorio, y tomó la palabra el sacerdote Guidi. Pero antes de que principiase á hablar, el evangélico Sciarelli se levanta y declara que ellos despues de lo dicho por Gavazzi, no tratan de responder más, persuadidos como estaban de que no tenia refutacion.

Habiendo sido uno de los puntos mas notables de la controversia sobre si por la palabra Babilonia debe ó no entenderse Roma, el lector nos permitirá que apuntemos lo siguiente:

El autor anónimo de una obra antigua intitulada: *De primatu romani pontificis*, (1) (Londini, 1770) dice en la página 284: «Pablo no ha tenido dificultad en nombrar á Roma en su segunda Epístola á Timoteo, escrita en aquella capital. ¿Por qué, pues, escribiendo Pedro desde el mismo lugar habia de temer nombrarla? ¿Corria más riesgo escribiendo el nombre Roma que predicando el Evangelio? No aparece utilidad ninguna en este cambio de nombre, que solo podia servir para engañar á los fieles sobre la residencia del apóstol, y por consiguiente sobre el centro de la unidad. Error que hubiera sido sin duda, en aquel tiempo como en el nuestro, pernicioso á la salvacion. Es cierto que Roma está pintada en el Apocalipsis bajo el nombre de Babilonia; pero ademas de que allí no se la nombra, el Apocalipsis aun no se habia escrito, y por consiguiente no ayudaba á entender el término enigmático de Babilonia. Hay tambien mucha diferencia entre una carta y una profecía... las cartas exigen un estilo sencillo y claro, sobre todo en las fechas.»

El autor anónimo citado nos ofrece en la página 352 una observacion muy digna de tenerse presente sobre la primacia de Pablo sobre Pedro. Dice así:

«El autor de las Constituciones apostólicas cuenta que Lino es quien ha ocupado primero este lugar (la silla apostólica), y que ha sido puesto por Pablo; y que Clemente habia sido ordenado de obispo por Pedro despues de la muerte de Lino. De ser así, los Papas son mas bien sucesores de Pablo que de Pedro; y esto es quizá lo que los ha llevado á cubrirse igualmente con la autoridad de ambos apóstoles, y á llamarse sus sucesores ó sus vicarios; no queriendo por un lado abandonar á Pedro á causa de su supuesto primado, de que estaban ufanos, ni pudiendo por otro renunciar á la sucesion de Pablo á causa de la verdad histórica.»

A los pasajes que acabamos de trasladar, vamos á unir el parecer de un conocido escritor de nuestra nacion.

El canónigo D. Juan Antonio Llorente, autor de una obra intitulada: *Retrato político de los Papas desde San Pedro hasta Pio VII inclusive*, (Madrid, 1823) dice en la página 3 del tomo I, acerca de la tesis que nos ocupa, lo siguiente:

«Debo asegurar á mis lectores no constar de texto alguno de la Sagrada Escritura, ni de autor particular coetáneo que merezca estimacion en sana crítica, concurriendo circunstancias que hacen dudar con gravísimo fundamento que San Pedro estuviera jamás en Roma, y padeciese allí martirio; y mucho más que la Iglesia romana fuese fundada por San Pedro, como cátedra suya particular, de manera que los obispos posteriores romanos fuesen sucesores universales del poder y de las prerogativas de San Pedro.

»San Lucas escribió la historia de los Hechos apostólicos estando con San Pablo en Roma el año 61. Se dice que San Pedro habia fundado aquella iglesia en

el 43; que salió de la ciudad desterrado como todos los judios en el 49, y que asistió en el 50 al Concilio de Jerusalem sobre la observancia de la circuncision. ¿No es extraño el silencio de San Lucas? Cuenta muchas cosas infinitamente más leves que la fundacion de la iglesia de la capital del imperio. Si San Lucas hubiese tenido las opiniones de los romanos de siglos modernos, debia mirar la Iglesia romana no solo como apostólica, sino como principal y soberana de todas las apostólicas. Sin embargo, no hay en aquella historia la más leve palabra de donde se pueda inferir que San Pedro habia estado en Roma y fundado su Iglesia.

»Consta que unos de los cristianos que salieron de Roma con los demás judios por el decreto de Cláudio, fueron Aquila y su esposa Prisca ó Priscila; pero asimismo, que muerto aquel emperador el año 54 y sucediéndole Neron, cesaron los efectos del decreto; volvieron á Roma los judios desterrados y entre ellos los referidos Aquila y su esposa. En este supuesto, si San Pedro habia fundado la Iglesia romana, ¿por qué no volvió á Roma luego que pudo, como lo hicieron los demás? ¿Por qué preferia predicar en otras partes á residir en su iglesia propia?

»San Pablo, en las diferentes cartas que escribió desde Roma á Filemon, á los colosenses, á los filipenses y á los hebreos, no solo no hace mencion de San Pedro ni de que le perteneciera la Iglesia de Roma, sino que habla en términos de que el principal obispo que la gobernaba en el año 61 era Clemente. Cualquiera conocerá que su silencio tan repetido acerca de Pedro, unido al hecho de no venir este á Roma en once años pasados desde el 49, dá fuertes motivos de dudar que no sea cierto el supuesto gratuito del viaje que se le atribuye el año 43, para fundar la Iglesia.

»El mismo San Pablo despues de grandes peregrinaciones volvió á Roma en el año 66; fué acusado ante Neron y se defendió por sí solo, sin tener ninguno que le asistiese, segun escribió despues á su discípulo Timoteo en la segunda carta. Si San Pedro hubiera estado entonces en Roma, parece imposible creer que dejase de asistir á San Pablo.

»Sin embargo, casi todos los historiadores desde el siglo III aseguran que San Pedro y San Pablo padecieron martirio en Roma imperando Neron, año 67, porque así lo dijeron Papias y San Justino su discípulo en el segundo siglo, á pesar de que Papias está reputado por escritor *crédulo y adoptador de tradiciones falsas*, aun en cosas tocantes á los apóstoles, y de que San Clemente, autor del primer siglo, escribiendo desde Roma á los Corintios, habla de San Pedro como muerto en el Occidente, sin designar la ciudad de Roma, y parecia regular por escribir en ella su carta.»

Algunos otros pasajes pudiéramos añadir en apoyo de los argumentos presentados en el debate por los oradores evangélicos, pero no los creemos ya necesarios.

¿A cuántas y graves consideraciones se presta ese debate! Forzoso es reconocer que el mundo progresa, como dice Pelletan, *ile monde marche*! Las luces del siglo XIX van disipando las tinieblas de los siglos pasados: *Fest tenebras, lux!*

Al poner término á este artículo no podemos menos de preguntarnos llenos de asombro: ¿Cómo es que el autor *infallible* del *Syllabus* ha autorizado y bendecido ese notable desafío, que pudiéramos llamar *juicio de Dios*, como los que se verificaban en la Edad Media, para quedar derrotados sus mejores campeones? Y decimos *mejores*, puesto que estos debieran escogerse entre los más esforzados, entre los más entendidos escriturarios; y esto precisamente en el arsenal de los solideo y de las cogullas!

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

LA TORRE DE DAVID.

Entrando en Jerusalem, la ciudad santa, por la puerta de Jaffa, conocida por la puerta de Hebron, lo que más llama la atencion del viajero es la llamada torre de David, aunque es más probable que sea la torre de Hippicos, amigo de Herodes el Grande.

(1) Aun cuando se desquiciase el universo, Miraría impávido sus ruinas.

Heródes hizo construir tres torres, una en memoria de Mariamna, su infeliz mujer, bárbaramente sacrificada al furor de los celos de su tirano marido; otra en honor de su leal é infeliz hermano Phasael, que murió defendiendo á Jerusalem contra los parthos, y la tercera en memoria de su amigo Hippicos.

Esta torre, construida sobre el monte Sion, separa en dos mitades la poblacion, y es por esto quizá por lo que se la ha llamado torre de David y se ha hecho de ella una ciudadela.

Cuando los cruzados tomaron á Jerusalem en 1099, la torre de David fué el último fuerte que se rindió.

LA DOCTRINA ANTIGUA DE DIOS

Y

LA DOCTRINA NUEVA DE LOS HOMBRES.

Así dijo Jehová: «Paraos á los caminos y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cual sea el buen camino y andad por él, y hallareis descanso para vuestra ánima.»
(Jeremías vi, 16.)

V.

La doctrina antigua de Dios enseña, que el culto de las imágenes es cosa abominable, (Deuteronomio, xxvii, 15; Levítico, xxvi, 1) y es muy espresamente prohibido en el segundo mandamiento de la Ley de Dios. (Exodo, xx, 4; Deuteronomio, v, 8 y 9.) Iten, que el Espíritu Santo llama á las imágenes «Doctores de mentira y vanidad.» (Jeremías, x, 8; Abacuc, ii, 18.) Y por tanto, que en ninguna manera pueden ser admitidas en los templos de los cristianos, en las cuales Jesucristo ha de ser pintado delante de los ojos de los fieles por la predicacion del Evangelio. (Gálatas, iv, 4.)

La doctrina nueva de los hombres enseña, que el culto de las imágenes es agradable á Dios, y muy necesario y provechoso á la Iglesia, y que las imágenes son los libros de los laicos. Por tanto, el que enseña lo contrario, es maldito y anatema. (Concil. Trid., Ses. 9.^a)

VI.

La doctrina antigua de Dios enseña, que los cristianos deben imitar la fe, piedad y buena doctrina de los santos, como ellos imitaron á Cristo. (1.^a á los Corintios, xi, 1; Hebreos, xiii, 7.) Mas que en ninguna manera los deben invocar, ni poner en ellos su confianza:

1.^o Porque la invocacion es una honra debida á solo Dios, que dice por su profeta Isaías, xlviii, 11, «Mi honra no la daré á otro.»

2.^o Porque los santos, estando en el mundo, no quisieron recibir esta honra; ni tampoco los ángeles, como aparece, Hechos, x, 26, xiv, 24; Apocalipsis, xix, 10, xxii, 9.

3.^o Porque nos ignoran y no conocen, como lo enseña muy claramente Isaías lxiii, 46, diciendo: «Abraham nos ignora, y Israel no nos conoce: Tú, Jehová, eres nuestro Padre y nuestro Redimidor.»

De manera que como en el Viejo Testamento los israelitas eran idólatras y transgresores de la Ley de Dios, cuando sacrificaban á otro que á solo Dios; así lo son el día de hoy todos los que invocan á los santos ó á los ángeles: lo cual hacen contra la doctrina de Cristo, (Mateo, vi, 9, xi, 28; Juan, xvi, 24) y contra el ejemplo de todos los santos. (Salmo xxii, 6; Exodo, ii, 25 y xvi, 42; Josué, x, 13; Hechos, iv, 24, y xvi, 25, etc.)

La doctrina nueva de los hombres enseña, que los cristianos deben invocar los santos y ayudarse con la intercesion de ellos para con Dios, porque son sus familiares. Iten, que es una opinion falsa é impia creer que los santos no oran por los hombres, y que la invocacion de los santos sea idolatría contraria á la palabra de Dios, y que el que así enseña y cree es maldito y anatema. (Concil. Trid., Ses. 9.^a)

VII.

La doctrina antigua de Dios enseña, que Jesucristo Nuestro Señor, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, es el único y perfecto Salvador del mundo, el

cual dice por su profeta Isaías, lxiii, 3. «Yo solo pisé el lagar, y de los pueblos nadie fué conmigo.» Y del cual dijo el Angel: (Mateo, i, 21) «Llamarás su nombre Jesús, porque él salvará su pueblo de sus pecados.» Y el apóstol San Juan testifica: (1.^a Juan, i, 7.) «Que la sangre de Jesucristo, Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado.»

La doctrina nueva de los hombres enseña, que Jesucristo no es perfecto Salvador, porque dice que Cristo es muerto solamente por el pecado original, y que satisfizo con su muerte por la culpa; mas que Dios, como justo, quiere que satisfaga el hombre á su justicia por la pena. Iten, que la purgacion de los pecados se hace por buenas obras, satisfacciones, misas, indulgencias y por el purgatorio. (Libr. iv, Distinct. xvii y xviii.)

CIPRIANO DE VALERA.

(Se continuará.)

CRISTO RESUCITADO.

Es una triste mañana
De aquella tierra bendita
En que el sol siempre se quita
Entre celajes de grana;
Cede la brisa galana
Su puesto al viento que zumba,
El torrente se derrumba
Con sordo estrépito y gime,
Porque hay un muerto sublime
En el fondo de una tumba.

Uno con hondo quebranto
Abrió sepultura al muerto,
Y allí le dejó cubierto
De lágrimas con un manto.
Tórnese ronco mi canto,
Abranse los ojos míos
Y viertan el llanto á ríos,
Que un corazón quisiera
Calentar aun, si aun pudiera
Aquellos despojos fríos.

Allí está el que se presume
Que vá á salvar á la tierra;
Aquella tumba le encierra
Como la copa al perfume.
El paganismo consume
Sus fuerzas en loca orgía,
¡Alzate tú, losa fria
Que guardas un cuerpo yerto,
Y en cuanto salga ese muerto
Se acabará esa agonía!

En la cruz has expiado
Pecados que no tuviste,
Y las veces que gemiste
De otros fué por el pecado.
Rásguese el cielo azulado,
Sean tu escabel las nubes,
Y en tanto, Jesús, que subes
Al cielo, canta tu victoria;
Que se arrodille la historia
Y se postren los querubes.

El gran imperio romano
Ha impuesto al mundo su yugo,
Y ha sido de él el verdugo
Después de ser el tirano.
Pero una potente mano
Ha derribado al gigante,
Y una voz fuerte y sonante
Ha salido de una tumba
Y ha dicho: «Así se derrumba
La iniquidad de un instante.»

Humanidad, tu martirio
Escrito está en letras rojas,
Se han marchitado tus hojas
Como las hojas de un lirio.

Un insensato delirio
Que aun de comprender no acabo,
Te hizo en la cruz del esclavo
Dar muerte á Dios, y esa cruz
Brotó un torrente de luz
Al penetrar cada clavo.

Pero hoy se alegra la tierra
Porque ha despertado el muerto;
Sobre aquel sepulcro abierto
Se pacta el fin de la guerra,
Y la esclavitud que aterra
Y cuanto el odio profundo
Ha creado aquí de inmundo,
De bárbaro y de cruel,
Se encierra y se guarda en él
Para que no vuelva al mundo.

Sube, Jesús, en el seno
De tu Padre á reposar;
El mundo te ha hecho apurar
El cáliz de tu veneno.
No te manches con el cieno
De esta tierra despreciable;
Desde el cielo tu voz hable,
Tu voz que todo lo humilla,
Que no doble su rodilla
A ver si hay un miserable.

EL SANTO CRUCIFIXO DE BALAGUER.

(Continuacion.)

Este Cristo se adoró, al decir de los cronistas católicos, en Jerusalem hasta el año 45 de la era cristiana, en cuya época y estando amenazada la ciudad deicida, fué trasladada á Berito en donde se conservó hasta 765. Poseía por aquel entonces la imagen un cristiano que vivía cerca de la sinagoga de los judíos. El buen hombre molestándole demasiado, á causa de sus creencias religiosas, la vecindad de los judíos, determinó mudar de domicilio. Hízolo así y ¡oh dolor! dejóse el Santo Crucifijo olvidado en el armario en que le tenía guardado. ¡Si le tendría veneracion el tal cristiano cuando al mudar de casa ni siquiera se acordó de él! Lo cierto es que lo olvidó enteramente. Pero como en alguna manera ha de ser coonestado este olvido, los escritores católicos creen salvar esta dificultad diciendo que fué por designio providencial. Es claro, cuando la falta no puede negarse con decir que Dios lo quiere así, que esa es la voluntad de Dios, todo está arreglado. ¡Cuánto y cuán indignamente se ha abusado en todos tiempos del nombre de Dios! Pero el hecho es que á la casa que había dejado vacía el cristiano fué á vivir un judío, el cual tuvo la mala ventura de convidar, para que la vieran, á unos cuantos amigos suyos. Recorriéronla estos en todas direcciones hasta que llegaron al famoso armario donde estaba escondido el famoso Cristo. Abriéronle y quedáronse todos estupefactos ante aquel hallazgo. Allí fué el asombro y el furor. Dirigiéronse los convidados al infortunado judío que había tenido la mala ventura de mudarse á aquella casa, y le dirigieron terribles y severos cargos por tener, el discípulo de la sinagoga y descendiente de aquellos que en otro tiempo habían dado muerte á aquel que la imagen representaba, tan guardado en su nueva casa, aquel objeto que solo debía estar en manos de un cristiano. El pobre judío se desesperó, rugió, lloró, pero no pudo hacer constar su inocencia. Avisado el pontífice de la sinagoga y oídos los sacerdotes, los ancianos y una gran parte de los judíos mas distinguidos, el inocente reo fué expulsado ignominiosamente de la sinagoga, y se le prohibió para siempre la entrada en ella. Y hé aquí un judío inocente pagando los descuidos de un cristiano culpable. Esto no es justo, y sin embargo lo llaman milagroso los escritores católicos. ¡Singular Dios sería aquel que hiciera recaer sobre los hombres de

otras religiones, los castigos de los pecados que cometieran los de la suya! Pero en verdad lo que aquí hay que ver únicamente, es aquella horrible intolerancia con que el catolicismo persiguió constantemente al judaísmo, intolerancia que se patentiza hasta el extremo de pintar á Dios, haciendo sufrir á un judío los funestos resultados del olvido de un cristiano.

Pero no nos paremos en cosas tan nimias, que mayores las hemos de ver aun en la prosecucion de nuestro relato.

Los sacerdotes, los ancianos y los judíos de la sinagoga, no se contentaron con espulsar al pretendido culpable. Se apoderaron de la imagen y resolvieron repetir en ella todos los horrores y todos los oprobios que hicieron padecer sus antepasados en la cruz al divino Maestro. Y aquí dejamos la palabra al autor que nos sirve de guía. «Fué representada tan á lo vivo, dice, aquella horrible escena, que después de haber herido, maltratado, insultado, mofado y vilipendiado con el más profundo escarnio á la santa imagen, que era objeto de su odio implacable, hicieron comparecer otro Longinos, el cual traspasó con una aguda lanza su divino costado (de madera) á la manera que lo hizo con Jesús el verdadero Longinos, de cuya herida salió tanta abundancia de sangre que dejó atónitos y suspensos á los judíos y de la que llevaron una multitud de vasos con ánimo de guardarla y aplicarla oportunamente á los enfermos para ver el grado de verdad que tenían los milagros que publicaban los cristianos obtenidos por medio de la preciosa sangre que Nuestro Señor Jesucristo derramó de su divino costado en el Gólgota, y para ver si él era el verdadero Salvador de linaje humano, de lo que quedaron plenamente convencidos, pues con ella obraron curaciones maravillosas, convirtiéndose en la mejor y más saludable medicina, y sanaron completamente todos cuantos tuvieron la dicha de aplicarla á sus enfermedades.»

Hasta aquí el autor católico.

Lo primero que observamos en este cuento es que no es más que una repetición molesta y empalagosa de todos los cuentos de esta especie. Si hubieran de reunir los cristos, las vírgenes y los santos de cuyas imágenes se apoderaron, al decir de los cristianos viejos de aquellos tiempos, los judíos, y los azotaron, los escarnecieron, los injuriaron de todas maneras y la sangre y las lágrimas que vertieron aquellas santas imágenes, ni habría lugar en la cristiandad bastante capaz para que cupieran todos, ni habría urnas bastantes para poder guardar aquellas lágrimas y aquella sangre preciosísima. Estas historias y las de los niños comidos y devorados por los judíos, forman toda la Edad Media. ¡Cuántas veces uno de estos estúpidos y bárbaros pretextos, fueron causa de que se entrase á saco en un barrio de judíos y no se dejase ni á uno solo! ¡Pero aquellos tiempos han pasado, y hoy se ve claramente que estas historias no son mas que el reflejo de aquellas costumbres y de aquellas supersticiones! El catolicismo intolerante se ha retratado mejor que en ninguna parte, en las historias de sus santos y de sus cristos de madera ó de oro.

(Se continuará.)

OLAVIDE.

(Conclusion.)

España reclamó su estradicion: las almas envenenadas de los frailes no podían tolerar que se les escapase de sus garras aquella infeliz víctima. Mr. de Vergennes, ministro de Negocios extranjeros de Francia, rehusó todo el tiempo que pudo el hacer la entrega del refugiado, pero al fin tuvo que convenir en ella, y sin la ayuda del caritativo obispo de Rhoder, Mr. Colbert, el desdichado Olavide hubiera otra vez caído en manos de los feroces inquisidores. Viviendo este bajo el amparo y custodia de aquel en Tolosa, el buen obispo le avisó que

iban á prenderle, y en efecto, hubiera caído en poder de las autoridades francesas si no hubiera huido á Ginebra. Allí permaneció algunos años, hasta que muerto Carlos III pudo volver á París. En París vivió rodeado de literatos, de sabios distinguidos y de lo mas culto de la poblacion; y habiendo conservado, á pesar de todas las vicisitudes de su vida, una buena parte de su fortuna, dedicó los dias que le quedaban de vida á los gozes de la amistad, al estudio y á las buenas obras. Fué escésivamente benéfico y caritativo, sin que pudiera ser nunca caritativo escésivamente.

En esto llegó la revolucion, la terrible revolucion del 89. Él, como los hombres ilustrados de su siglo, ansiaba la mejora de ciertas clases, la libertad, la muerte de la intolerancia. La revolucion hizo mucho, pero no hizo todo lo que él hubiera querido, é hizo cosas que él no hubiera querido que las hiciese, y que desprestigiaron un tanto. La Convencion nacional le reconoció como *hijo adoptivo de la nacion francesa*. Esto no impidió, sin embargo, que la persecucion se ensañase con él en los tiempos del terror. Los delatores abundan en todos los tiempos. Allí donde reine la tiranía, llámese monarquía ó república el poder que la ejerza, allí existen ellos: lo mismo sirven á los Calígulas y á los Nerones, que á los Robespierres y á los Marats.

Olavide era rico, ilustrado y amigo de lo bello y de lo artístico. No había mas que decir: era aristócrata, y como tal se le acusó. Cosa singular: el que en España había sido perseguido con especial odio por la saña clerical; el que había condenado la ignorancia, la intolerancia, la tiranía; el que mas había hablado de libertad en España y el que en ella había sido condenado entre otras cosas por adicto á las ideas revolucionarias, fué encarcelado en Orleans y no recobró su libertad hasta el 9 thermidor.

Este cautiverio debió agradecerse después á sus enemigos, porque sin él no hubiera conquistado el triunfo mas noble, mas grande y mas legítimo de su vida. Durante él escribió *El Evangelio en triunfo*, libro en el que resplandece la moral mas pura y mas cristiana. Esta obra tuvo gran éxito en España. Se hicieron de ella ocho ediciones diferentes. Los miserables frailes de mezquina inteligencia y de corazon mas mezquino, aun se vanagloriaron de haberle convertido ellos con sus hierros y sus cilicios. Pobres gentes, se parecían al médico de Moliere que volvió el habla á aquel enfermo que jamás la había perdido.

Este escrito fué el que puede decirse que abrió al pobre proscripso las puertas de su amada patria. En 1798 volvió á España y pasó adelante hasta Andalucía sin poder detenerse en Madrid, para no humillar siquiera con su presencia á aquellos mismos que tanto le habían humillado y vejado á él. En 1800 regaló á la administracion de Orleans que estaba al frente de los hospicios, una magnífica hacienda que había comprado allí y que perteneció al hospital de dicha ciudad, con ánimo de restituirla algun día á este útil objeto. En 1803 murió en el seno de su familia en uno de los pueblos de Andalucía. Dios le concedió la gracia de morir en su patria y entre los suyos. Su peregrinacion sobre esta tierra fué larga y trabajosa; sus sufrimientos muchos y sus triunfos pocos.

Es uno de los hombres de que puede enorgullecerse España. Activo, laborioso, emprendedor, fué superior á su siglo. Vió claramente en lo futuro y adivinó la muerte de las intolerancias religiosas. Su profecía, se ha cumplido y hoy gozamos aquello por lo que él padeció.

VARIEDADES.

Alfabeto de los ángeles.—Los judíos hacen mencion de un alfabeto místico, que dicen fué remitido por los ángeles á los patriarcas. El jesuita Kircher dá una copia de él en su *Edipo Egipcio*, tomo II, pág. 405.—

Los judíos y el jesuita Kircher han propalado bastantes mentiras.

Alas de los ángeles.—Entre los ingenios del siglo XII se cuenta á un Alain de Lille, doctor universal, que compuso seis libros sobre las alas de los querubines. San Buenaventura escribió tambien sobre las seis alas de los querubines y las de los serafines. A libro por ala. Esto se llama escribir.

Barbara.—En el *Flos Sanctorum* de Rivadeneira se cuenta, que el padre de santa Bárbara mandó hacer dos ventanas en la sala de los baños. Bárbara, en su ausencia, mandó hacer una tercera en honor de la Trinidad, esto nada tiene de extraño; pero lo notable es, que con la punta del dedo hizo una cruz en las columnas de mármol, y que este signo se grabó en ellas profundamente. Su hermano, encolerizado, corrió tras ella con la espada en la mano, pero ella se escapó, atravesando una montaña que se abrió para darle paso. El padre dió la vuelta á la montaña, y atrapó á la hija; la desnudaron y azotaron; pero Dios la cubrió con una nube blanca.

Varios son los cronistas que han referido la vida y martirio de esta santa. Jacobo de Voragine, autor de la *Aurea Legenda* dice que su padre era pagano, y que temiendo que la separasen de su lado, por ser muy hermosa, la encerró en una torre. Que habiendo ella oído hablar de Orígenes, le escribió pidiéndole la instruyese, por lo cual le envió uno de sus discípulos que la enseñó y la bautizó; pero que al saberlo su padre la hizo morir. Todo esto pudo ser; pero lo notable que llamará la atención del lector, es que haya habido escritor que diga que Bárbara, que con la punta del dedo grabó la cruz, hiciese con el mismo que se le cayesen todos los dientes á un perro que la mordió.

Decretales.—Las *Falsas Decretales*, que han servido de reglas á la Iglesia católica hasta el siglo XVII, eran una coleccion de piezas falsas, inventadas por un tal Isidoro Pescador ó Mercador, de Sevilla, publicadas al principio del siglo IX, por Riculfo, arzobispo de Maguncia, atribuidas al Papa Sirico, que vivía á últimos del siglo IV.—Panurgo, en la obra de Rabelais, asegura que habiendo hecho uso de una hoja de las Decretales se le ocasionaron unas buenas hemorroides.

Eucaristia.—El parecer de Berenger sobre la materia eucarística, es como sigue: negó que un cuerpo pudiese estar en cien mil parajes diferentes, ni aun por la omnipotencia divina; negó que los atributos pudiesen subsistir sin el objeto; creyó que era absolutamente imposible que lo que es pan y vino á la vista, al gusto y al estómago fuese destruido en el mismo momento que existe. Los que después han participado de estas opiniones, que el clero llama sacrilegios y blasfemias horribles, se han fundado en muchos pasajes de los primeros padres de la Iglesia, y sobre todo en San Justino, que dice expresamente en su diálogo contra Typhon: «La oblacion de la harina fina es la figura de la eucaristia que Jesucristo nos manda hacer en memoria de su passion.»

Inglaterra.—Es bastante noble que el monarca de Inglaterra lleve el pomposo título de *Defensor de la fe*, habiendo adoptado aquel país la Reforma. El dicho título se debe á lo siguiente: Entre las pasiones de Enrique VIII, rey de Inglaterra, hay que contar la que tuvo por Santo Tomás de Aquino. Su veneracion por este vigoroso atleta de la ortodoxia romana iba tan lejos, que habiendo Lutero contradicho vivamente á Tomás, Enrique se creyó obligado á entrar en lid y defender á su maestro. Escribió, pues, un tratado ó asercion de los siete sacramentos contra Lutero, que no quería hubiese más que dos. Este trató á su nuevo adversario de igual á igual, y se mofó de él. El rey doctor concibió por ello un despecho violento. El Papa, que se reía del libro, quizá tanto como Lutero, consoló á su autor lo mejor que pudo, dándole el título de *Defensor de la fe*.

Católico.—Sobre el título de católico dado al rey de España, dice Zurita lo siguiente: «Fué tanta la gloria y estimacion que el rey de España había alcanzado en la conquista del reino de Granada..... que el Papa de suyo le quiso dar el nombre de Christianísimo, y quitárselo al rey de Francia, y que muchas veces lo escribió así en sus breves, y porque algunos cardenales contradijeron este título, le otorgó el de *Cathólico*» (Zurita, *Anales de Aragon*; tomo 5, lib. 2, cap. 40.)

Pero ese título fué un sarcasmo del Papa Alejan-

dro VI, puesto que al mismo tiempo que los reyes Fernando e Isabel desterraban á 800.000 judíos de su estado por celo religioso, el dicho Papa, que no era tonto, los admitía en Roma por su propio interés, como portadores que eran de muchos caudales que él sabría convertir en su provecho. Si los judíos no debían estar en España, ¿por qué los Papas los han tolerado siempre en Roma, en el barrio llamado *Ghetto*?

Un autor inglés habla de esta impolítica determinación de los Reyes Católicos, de la siguiente manera:

«The exiles from Aragon went to Navarre, from other parts many went to Italy, where kindly received, even at Rome, by Pope Alexander VI; although for this cruel act, he conferred the title of Catholic on the Crown of Spain.» Los desterrados de Aragon fueron á Navarra; de otras partes muchos marcharon á Italia, donde fueron muy bien recibidos, aun en Roma, por el Papa Alejandro VI; aunque por este acto cruel, confirió el título de católica á la Corona de España.

Llaves de San Pedro.—Las ceremonias de la entronización de los Papas, á fines del siglo XII, eran ponerles un sombrero rojo desde que estaban nombrados. Se les conducía en una silla de piedra, horadada el asiento, y que se llamaba *Stercorarium* (1); después en una silla de pórfido, sobre la cual se les daban dos llaves, la de la iglesia de Letran y la del palacio, origen de las armas del Papa; de allí en una tercera silla se le ponía un cinturón de seda, y se le entregaba una bolsa que contenía 12 piedras semejantes á las del Eod del gran sacerdote de los judíos. Se ignora cuándo comenzaron todos estos usos.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

REMITIDO.

Señor Director del periódico LA LUZ.

Hemos de merecer de Vd. se sirva dar cabida en su apreciable periódico á las siguientes líneas:

«En el núm. 96 del indicado periódico, correspondiente al 1.º del presente, aparece un comunicado firmado por un suscriptor, en el cual se ocupa del estado que dimos y publicó LA LUZ, del movimiento de la caja de esta iglesia: dice el incógnito suscriptor: «Que nuestra iglesia es tan pobre, que en seis meses no hemos recaudado mas que la exígua cantidad de 197 rs. 26 céntimos, pero que, también demuestra, es tan rica, que apenas contiene pobres, pues 94 rs. es todo lo distribuido, y añade que tales publicaciones pueden ilustrar á algunos, entontecer á otros, sería bien que nos humillasen á todos.»

Nuestra iglesia, en efecto, es pobre, muy pobre, tan pobre que en seis meses no hemos recaudado mas que la cantidad que se cita en el comunicado que contestamos, y de la que dejamos hecha mención, y debemos decir que estamos muy satisfechos de la caridad y buena voluntad de nuestros hermanos en esta; la moneda de cobre que depositan en nuestras manos para los pobres, muchas veces es la única que poseen; esta congregación es tan pobre, que hasta la fecha no ha podido ayudar de sus fondos con un céntimo para atender á los gastos de luces de nuestra capilla, etc.; es tan pobre que no hemos podido dotar á la escuela nocturna que tenemos (por cierto bastante numerosa) con un libro, con una mano de papel; quien atiende á estos gastos, no lo decimos porque autorizados no estamos para ello. Si el ser tan pobre humilla, esta humillación la reclamamos toda para nosotros, no queremos que nadie se haga participante de ella.

El comunicante suscriptor hace esta deducción. La iglesia de Granada, teniendo algunos fondos sobrantes, no ha distribuido en limosnas mas que 94 rs. en seis meses; luego en aquella iglesia no hay

(1) Sobre el origen de esta silla horadada pueden verse los siguientes escritores refiriendo un suceso que la crítica ha desechado completamente, cual es que se refiere á la llamada papisa Juana. Molero, *hom. Pont. vitæ et moris*.—Chronicon Episcopum Verdeniensi Scriptor. Brunswicentium.—Stella, *Vitæ Pont. Rom. an 832*.—Du Italian. *Hist. de France*.—Platina, *Vida de Juan VIII, Pont.*—Claude Faucher, *Antiquit. Gauloises*, lib. x, an 854. Du Plessis, *Hist. de la papauté*, p. 164. Chalccondila; De rebus Turc. lib. iv, y otros varios.

pobres, no hay necesitados. Si el suscriptor que aludimos en vez de dirigirse á Vd., que nada podía explicarle, se hubiera dirigido á nosotros, le hubiéramos dicho que en esta iglesia por lo difícil que es reunir fondos, á causa del estado de pobreza de sus congregantes, la junta de la misma acordó que en virtud de ser tan escasos los fondos que se reunían, se reservasen para casos de enfermedad de alguno de nuestros pobres hermanos.

Queda demostrado, por el acuerdo de que dejamos hecho mención, que los fondos reunidos en nuestras colectas no podemos invertirlos en otra clase de limosnas que en la que dejamos dicha; pero de esto no se puede deducir que somos ricos ó que el principio de caridad no está desarrollado entre nosotros.

Conste, pues, para ilustrar á todos y no para entontecer á nadie, que la iglesia de Granada está compuesta de cristianos muy pobres, y que la junta de la misma acordó que los escasos fondos que se colectasen se reservasen para solo un objeto, el que dejamos dicho, á nuestro modo de entender el más grave y por lo mismo el más atendible.

Solo nos resta, Sr. Director, darle á Vd. gracias anticipadas y ofrecernos á Vd. por sus afectísimos SS. SS. Q. B. S. M.—Joaquín de Luna, diácono.—José Fajardo, diácono.—Juan Molina Mellado, anciano.—Antonio Fuentes, anciano.

Granada 14 de Marzo de 1872.

NOTICIAS VARIAS.

El periódico moderado y católico *El Tiempo*, en su sección de noticias, inserta la siguiente:

«Tenemos una muy satisfactoria que anunciar á nuestros lectores. El almacén que desde los primeros días de la revolución había sido decorado con el título de CAPILLA EVANGÉLICA en la calle de la Libertad, ha vuelto á su destino primitivo; y con esto creemos que no quedan ya en la corte señales de la propaganda protestante, que arriaba bandera ante la inquebrantable fé de nuestro pueblo.»

Y en efecto, no quedan ya más señales que la capilla de la calle de la Madera Baja, capaz de contener unas 900 personas, y que está siempre llena; que la de la calle de Calatrava de las mismas dimensiones que la anterior y que está igualmente siempre llena; que la de las Peñuelas; que la de la Plaza del Limón; que la de la calle de Lavapiés, y que la misma de la calle de la Libertad que se ha trasladado á la calle del Gobernador.

Con que para verdades, los católicos que informan á *El Tiempo*.

La Sociedad evangélica de Ginebra ha llamado al pastor Sr. Curie, agente que fué en Madrid de la Sociedad bíblica de Londres, para encargarle la dirección de la iglesia de Royan (Francia).

Mr. Arturo Kinnaird ha escrito desde Londres al profesor de historia Mr. Merle d'Aubigné, una carta en la que suplica que se celebren oraciones en el mes de mayo por el adelantamiento del reino de Dios. Esta carta recuerda, que de los cinco reyes católicos romanos que se coaligaron para que el Papa volviera á Roma después de su expulsión en 1848, cuatro han sido destronados; el gran duque de Toscana, el rey de Nápoles, la reina de España y Luis Napoleón; y el quinto, el emperador de Austria, arrojado de Italia, ha visto considerablemente cambiadas sus relaciones con la Sede apostólica.

Mr. Kinnaird menciona también en su carta los notables progresos que el Evangelio ha hecho en las naciones romanas.

Si tomara consistencia la idea emitida de celebrar reuniones de oración, lo pondremos oportunamente en conocimiento de nuestros lectores.

El padre Marina, predicador católico de Brescia,

había desafiado á los cristianos evangélicos para discutir públicamente acerca de la venida de San Pedro á Roma. Estos han aceptado; pero el padre Marina ha dejado su carta sin contestación.

En vista del resultado de la discusión en Roma, el padre Marina habrá creído prudente abstenerse. Ha hecho bien.

En el barrio de los Cuatro Caminos, en donde hace ya bastante tiempo trabaja con éxito el evangelista don Manuel Plácido Hernández, parece que los católicos trabajan con ardor para ver de destruir esta obra. Para conseguir sus fines ponen en práctica un medio reprochado que muchas veces han imputado falsamente á los protestantes, y que consiste buenamente en arrojar unas cuantas monedas á los pobres que se hallan necesitados y en hacer magníficas promesas, que por supuesto no llegarán á cumplirse. Así han podido llevarse á algunas niñas á sus escuelas: los padres de los niños han resistido hasta ahora. Todos los domingos van casa por casa haciendo su propaganda. El domingo 17 de marzo se presentó una marquesa en la casa donde se celebra el culto, pidiendo informes acerca del propietario, de su domicilio, etc. Una señora viuda, madre de uno de los discípulos de la escuela, le contestó que nunca se habían acordado de los infelices habitantes de aquel barrio, hasta que los protestantes habían venido á instruirlos; y al escuchar esto la ferviente y caritativa marquesa romana mandó á su lacayo que apaleara á la pobre mujer que se atrevía á decirle la verdad. Por fortuna la señora marquesa no pudo proporcionarse el placer de ver maltratar á la mujer hereje, y tuvo que retirarse un poco de prisa. Pero, Virgen santa, diría aquella especie de señora feudal, en qué tiempos vivimos, que mis lacayos no pueden apalea á una miserable mujer que no piensa como yo!

Pues ahí verá Vd.

El miércoles próximo, 3 de abril, después del culto de apertura que se celebre en la capilla de la Madera Baja, los delegados de la iglesia cristiana procederán á la elección del Consistorio.

La visita hecha á la iglesia de Zaragoza por nuestro amigo el pastor Sr. Moore, empieza ya á dar fruto. El pastor de la iglesia, Sr. Eximeno, manifiesta en carta fechada el 25 de marzo, que ya son 15 las personas que se han inscrito para sostener su culto, y que las suscripciones ascienden á 60 rs. Nos felicitamos y felicitamos á la iglesia cristiana de Zaragoza por haber empezado á practicar el sistema que muy pronto será una realidad en Europa entera, como lo es hace mucho tiempo en la gran república americana. Por lo demás, la iglesia, siempre llena de fieles, en términos que en algunos cultos, los del domingo por la noche, muchas personas tienen que escuchar desde la calle.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Pérez, calle de la Misericordia, núm. 2.